

XXIX Domingo Tiempo ordinario

Isaías 53, 10-11; Hebreos 4, 14-16; Marcos 10, 35-45

« El que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero, será esclavo de todos »

21 Octubre 2012 P. Carlos Padilla Esteban

« El amor es lo que dignifica al hombre y lo hace, al mismo tiempo, capaz de amar. El amor hace que nunca deje de ser importante, porque el amor nunca pasa, nunca muere »

Una verdad incuestionable se hace presente en nuestra vida a medida que van pasando los años. Los títulos y los cargos pasan, y los honores y hasta la misma fama. Las cosas de este mundo son efímeras. Al final, es verdad, sólo queda el amor. El amor que hemos entregado y aquel que hemos recibido. Una película me llamaba la atención hace unos días: «*Arrugas*». Es la historia de Emilio, un antiguo ejecutivo de un banco, que es internado por su hijo en una residencia de ancianos, tras sufrir una crisis de Alzheimer. Allí, aprende a convivir con sus nuevos compañeros y con los cuidadores que les atienden. Emilio se adentra en una rutina diaria de cadencia morosa con horarios prefijados: la toma de los medicamentos, la siesta, las comidas, la gimnasia, la vuelta a la cama. En ese ritmo tranquilo se desencadena su lucha particular contra esa enfermedad que le va privando de su memoria; es un intento desesperado por no ser trasladado a la última planta, la de los impedidos, la última estación. En ese esfuerzo cuenta con la ayuda de Ernesto, su compañero de habitación. Es la historia que nos recuerda algo fundamental: el amor dignifica al hombre. El amor nos devuelve esa dignidad que no podemos perder. Tal vez por el camino hayamos perdido los títulos y los honores que nos dieron la seguridad soñada. O nuestras capacidades y talentos, lo que nos lleva a vivir torpemente. A veces pensamos que valemos por lo que logramos y por el respeto que los demás nos tienen. Cuando lo perdemos todo, sólo nos queda lo esencial, lo auténtico, lo que nadie nos puede quitar, la dignidad de ser hijos. Emilio se presenta como ex-director de un banco. Su vecino, Ernesto, le llama con sorna «*Roquefeler*». Al principio se siente ofendido. Más tarde, cuando el Alzheimer hace que apenas pueda comunicarse, lo único que le hace sonreír es escuchar que le llaman de nuevo con cariño «*Roquefeler*». La vida no depende de cuánto hayamos conquistado, ni de nuestros grandes puestos de trabajo. Todo pasa. **Los años y la enfermedad van dejándonos desnudos e indefensos ante Dios.**

Lo cierto es que el mundo vive de esos logros que todos admiran, de esas proezas al alcance de muy pocos. Tal vez a todos nos gustaría batir esos records inalcanzables, para ser leyenda, para que nos recuerden siempre, para superar los límites humanos que nos parecen una barrera incómoda, que no nos deja ser plenos ni felices. Hace poco veíamos la hazaña de Félix Baumgartner, cuando logró romper la barrera del sonido bajando a 1.342 km/h después de saltar desde la estratosfera a 39.043 metros de altura. Su gesta ha recorrido el mundo. Tal vez nos ha sacado por un instante de la inseguridad que vivimos, de la rutina que adormece, de las barreras que nos limitan y de esas dudas que nos deja el mundo en el que vivimos. Félix afirmaba días después: «*Mi casa está en el aire*». Y ahí va a seguir, pero de manera diferente, volando helicópteros de rescate. Porque

parece que ésa es para él una vida más tranquila: *«Me retiro del deporte extremo, quiero una vida tranquila»*. Vivir en el aire no parece muy tranquilo, aunque, tal como está de revuelta la tierra, parece algo más seguro. No obstante, la memoria colectiva es frágil y pronto olvida a sus héroes. Eso sí, su heroicidad casi divina, ha logrado, por un instante, convertirnos en dioses. Su proeza ya casi se ha olvidado en una semana, porque el corazón quiere nuevos héroes y nuevos logros. No se cansa de buscar la gloria que no pasa, aunque siempre pasa, rápidamente. El Alzheimer colectivo nos hace olvidar pronto esas grandes acciones, hechos gloriosos que parecen devolver la esperanza perdida, la alegría ensombrecida por el miedo. Y al final, ¿qué nos queda? Aunque nos afanemos buscando halagos, aplausos y palmadas en la espalda, títulos y records, todo acabará pasando. Sin embargo, la historia del amor grabada a fuego en el alma permanece, nunca muere. **Es la historia de la vida que se entrega por amor la que nunca se olvida.**

Por eso hoy nos hace bien recordar en qué consiste el verdadero acto de servicio en esta vida: *«El que quiera ser el primero entre vosotros, será esclavo de todos»*. No se puede servir sin amor, porque ese servicio entonces se convierte en algo rutinario y pobre. El amor nos hace esclavos de los otros. Sin embargo, ¡Cuánto nos cuesta ser esclavos por amor! Nos gusta más dominar la situación y a las personas. Preferimos mandar que ser mandados y lograr lo que queremos. No obstante, parece claro que el verdadero servicio no consiste sólo en dar sino en darnos en cada gesto. Se trata de ser capaces de dar la vida, de darnos por entero. El amor es lo que dignifica al hombre y lo hace, al mismo tiempo, capaz de amar. El amor hace que nunca deje de ser importante, porque el amor nunca pasa, nunca muere. Ni siquiera la enfermedad hace languidecer el amor, cuando éste es verdadero. Tampoco la vejez mancilla el corazón del que ama y ha sido amado. La dignidad no se pierde, aunque se hayan perdido las grandes facultades, aunque ya no le importemos al mundo que busca grandes noticias y se fija en las personas capaces. Queremos pedirle al Señor que nos enseñe a servir amando. Que nuestro corazón arda, como pide Benedicto XVI en este Año de la fe: *«Que Dios nos encienda el corazón para encender también el mundo y darle su luz»*. Sólo así podremos amar con el amor de Dios, desde la humildad, desde la misericordia. Porque **lo importante es ese servicio que es entrega total. Servir sin esperar nada, servir sin pretender ser servidos.**

La verdad es que todos necesitamos recibir amor. Somos hombres heridos en el alma. Lo sabemos. Decía el P. Fernando Baeza, en la celebración por sus 25 años de sacerdocio: *«Todos tenemos en común que hemos sido heridos por la vida, a muchos de nosotros nos ha faltado el amor que necesitamos, pero Dios, en su Misericordia infinita, nos ha tocado el corazón y Él nos ha regalado la gracia y el don de sentirnos hijos amados del Padre. Esa herida muchas veces nos acompaña durante toda la vida; el Señor nos la deja para que aprendamos a ser sencillos y humildes, porque sólo los que son como niños van a poder entrar en el Reino de los cielos y van a poder experimentar la libertad profunda de los hijos de Dios»*. Hemos sido heridos y esa herida nos hace más conscientes de nuestra precariedad, de los límites humanos que no nos dejan ser omnipotentes. Somos hijos carentes de lo esencial para la vida y pretendemos hacernos eternos en los registros de nuestros logros. Queremos dejar nuestra foto grabada para que nadie la olvide. Nuestras palabras fugaces, pensando que son eternas. Sin embargo, las palabras escritas y habladas, los logros épicos, los saltos que parecen inigualables, pasan y, al final, se olvidan. Y nosotros caemos en esas discusiones tontas como las de los discípulos del Evangelio: *«Se acercan a Él Santiago y Juan, los hijos de Zebedeo, y le dicen: - Maestro, queremos nos concedas lo que te pedimos. Él les dijo: - ¿Qué queréis que os conceda? Ellos le respondieron: - Concédenos que nos sentemos en tu gloria, uno a tu derecha y otro a tu izquierda. Al oír esto los otros diez, empezaron a indignarse contra Santiago y Juan»*. Nos afanamos en peleas internas como la de los discípulos, queriendo ser, como ellos, los más importantes en el Reino de Dios. Peleas internas en la misma Iglesia, cuando tendríamos que dar un testimonio de unidad. Peleas internas que nos desgastan

el alma luchando contra molinos de viento. ¿Por qué peleamos por un poder que pasa y nos deja infelices? No construimos la unidad buscando la quimera de un poder que es efímero y perdemos así el sentido de nuestra vida, queriendo cargos y títulos, fama y gloria humana. **¿Qué tendrá el poder que tanto seduce y ofusca la razón del hombre?**

Nadie quiere perder lo que ya posee y todos quieren tener la cuota suficiente de poder para no perder la dignidad. Pero, ¿la dignidad depende del poder? ¿El poder aumenta nuestra dignidad? Los discípulos buscaban un cargo, sí, sólo querían un cargo, un lugar, una preferencia hecha pública. ¿Acaso Jesús no los amaba de forma especial? Querían sentarse a su derecha y a su izquierda para que el mundo supiera. ¿Hay algo más grande? Un puesto de honor tiene tanto poder que nos hace perder la cabeza, nos corrompe y nos hace mezquinos. Nuestro servicio se vuelve entonces interesado. Buscamos los primeros puestos, nos acercamos a las personas con influencia, a aquellos que nos pueden resultar útiles en el camino. Nos alejamos de los molestos, de los que no valen, de los torpes, de los que no nos sirven. Nos embriaga la mera posibilidad de poseer un lugar privilegiado. Los discípulos, como nosotros tantas veces, ven a Jesús como ese Mesías político con poder sobre este mundo. Tal vez nos hemos aburguesado, como decía el beato Cardenal Newman: *«Aquí vivimos una vida tranquila y burguesa. Quizás sea cierto lo que dice la religión sobre la vida en el más allá. Por eso, tomemos aquí todas las medidas para que lleguemos bien allá arriba»*. Y, al aburguesamos, nos preocupa ese ascenso importante, ese puesto soñado, nos interesa que valoren nuestra progresión y admiren nuestros méritos. Nos importa dar la talla y estar a la altura. Nos aburguesamos pensando en el más acá, sin interesarnos tanto por lo que ha de venir. Decía el P. Kentenich: *«Una sociedad burguesa engendra un cristianismo burgués, un cristianismo chato que no sabe del coraje de ser cristiano y que sólo procura asegurarse un buen pasar futuro»*¹. **Cuando no pensamos en el más allá, y nos atrae sólo el poder de esos cargos que nos parecen necesarios para alcanzar la felicidad, perdemos el sentido de la vida.**

Sucede entonces que vivimos muy preocupados por controlar nuestra vida, para que todo calce, para que no se nos escape nada de nuestro control y pueda resultar peligroso para el futuro. Así vivimos pendientes de no equivocarnos. Cualquier equivocación puede salir cara. Y así no confiamos en cualquiera, porque no sabemos quién puede ser digno de recibir nuestra confianza. Vamos con pies de plomo por la vida, porque decir todo lo que pensamos puede ser peligroso y hacer cualquier cosa que alguien nos pida, demasiado riesgo, hay que ser políticos. La protagonista china de la novela *«Amor bajo el espino blanco»*, vivía angustiada pensando que un error podría decidir su futuro: *«Desde que era pequeña su madre le había dicho que un solo desliz abre todo un camino de penalidades»*². Un solo error bastaría para echar a perder su vida y sus planes de felicidad. Los demás podían condenarla, juzgar su vida y no considerarla apta para los puestos que otorgaban la felicidad aquí en la tierra. Cuando la vida se cimenta sobre el mundo es peligroso cometer cualquier error; podemos caer en descrédito. Dios tiene misericordia y olvida, el hombre no. Y es cierto que vivimos con frecuencia con ese deseo de agradar a los hombres más que a Dios. Vamos con sigilo y preocupados del qué dirán y de lo que pensarán los que sostienen con sus palabras nuestra fama. Nos asusta ser difamados y tememos demasiado perder el honor del puesto que ocupamos. No entendemos que Dios pueda perdonar todos los errores y nos cuesta vislumbrar cómo logra conducir el mundo a partir de los errores de los hombres. Pero así lo hace, aunque nos puedan escandalizar nuestras caídas y deslices Dios conduce a través de esos errores cometidos. **Dios tiene misericordia, se arrodilla ante nuestros pies de barro y nos levanta sobre el mundo. Así conduce, sobre la debilidad de nuestro amor.**

¹ J. Kentenich, “Niños ante Dios”, 248

² Ai Mi, “Amor bajo el espino blanco”, 33

Al escuchar que tenemos que ser esclavos pensamos en Cristo. Él se despojó de su condición divina y acogió nuestra fragilidad humana. Sin embargo, a nosotros nos cuesta mirar a un Cristo sin poder, vacío y humillado. Un Cristo que no vence ni con la fuerza de su discurso, ni con la vida de su Palabra. Un Cristo vejado y pobre, vencido. Ya lo hemos escuchado hoy: *«Mas plugo al Señor quebrantarle con dolencias. Si se da a sí mismo en expiación, verá descendencia, alargará sus días, y lo que plazca al Señor se cumplirá por su mano. Por las fatigas de su alma, verá la luz, se saciará. Por su conocimiento justificará mi Siervo a muchos y las culpas de ellos él soportará»* Isaías 53, 10-11. Nos cuesta mirar a un Jesús sin poder, despojado de su rango. Pero sabemos que Jesús es pequeño. Lo es en el vientre de María, en Belén y en Egipto. Más pequeño se hace aún cuando se arrodilla a lavar unos pies sucios. Más pequeño cuando acepta la cruz con una mirada llena de esperanza. Leía el otro día: *«Pequeño es cuando se somete al escupitajo, al puñetazo, al insulto, al látigo. Pequeño es en la Cruz, donde su cuerpo queda reducido a nada. Pequeño es un trozo de pan, un poco de agua y de vino. Todo en Jesús es pequeño, frágil, débil, humilde, sencillo. Es la lógica de Dios frente a la lógica del mundo. El más pequeño es el más poderoso»*. Es el poder escondido en la pobreza. El poder de los pequeños, de los que no parecen peligrosos para este mundo, pero que, revestidos del poder de Dios, son capaces de romper barreras y alcanzar cimas inalcanzables. Es la pequeñez despreciable de los santos, que siempre nos conmueve. Dicen que Santa Teresa era de estatura mediana, pero la altura de su santidad cambió su mundo. Dicen que San Francisco era frágil, pero su talla humana como hijo de Dios removi6 los cimientos de la Iglesia. Los santos no nacieron grandes a los ojos de los hombres, sin embargo, feos, pequeños y pobres, se hicieron grandes a los ojos de Dios. La pequeñez es el trampolín para llegar más lejos, más cerca de Dios. Para vencer las barreras de nuestros miedos que nos impiden saltar desde grandes alturas. Nos parece una proeza el salto de Félix desde la estratosfera. Tal vez parece superar las capacidades del hombre. ¿Y no nos sorprende la vida de aquellos que dieron esos saltos mortales en su vida de santidad? Estamos llamados nosotros a saltar como ellos. A no quedarnos con miedo debido a la inseguridad que el mundo nos produce. Decía el P. Kentenich: *«Pero cuando llegan los tiempos que están viviendo los países que nos rodean, toda seguridad burguesa en la que se vivía hasta entonces es aniquilada y el hombre vuelve a experimentar el abandono que signa su existencia. Estos tiempos exigen imperiosamente un coraje de héroes»*³. Hace falta un coraje que nos haga capaces de vencer el miedo y nos haga saltar. **Sin importar la poca estatura de nuestra vida, las pocas capacidades y los muchos errores cometidos.**

Al pensar en estas últimas palabras de Jesús pensaba en la pequeñez a la que somos llamados. Jesús contesta a la pretensión de los discípulos: *«No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber la copa que yo voy a beber, o ser bautizados con el bautismo con que yo voy a ser bautizado? Ellos le dijeron: - Sí, podemos. Jesús les dijo: - La copa que yo voy a beber, sí la beberéis y también seréis bautizados con el bautismo con que yo voy a ser bautizado; pero, sentarse a mi derecha o a mi izquierda no es cosa mía el concederlo, sino que es para quienes está reservada»*. Comenta al respecto San Beda: *«No está en mi arbitrio el darlo a vosotros, es decir, a los soberbios, puesto que lo eran aún. Está destinado para otros: sed vosotros humildes, y será para vosotros para quienes está preparado»*. El mundo forma jefes que oprimen y el poder de este mundo se construye sobre el orgullo y la vanidad. El hombre se busca a sí mismo cuando busca el poder en su vida. El salmo nos recuerda el camino de la humildad del hombre y de la misericordia de Dios: *«Que tu misericordia venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti. Los ojos del Señor están puestos en sus fieles, en los que esperan en su misericordia, para librar sus vidas de la muerte y reanimarlos en tiempo de hambre»* Salmo 32, 4-5. 18-19. Anhelamos la misericordia de Dios que sostenga nuestra pobreza y nos levante más allá de los límites y nos permita amar como Él nos ama. **Anhelamos su fuerza para poder elevarnos sobre los cimientos de barro que sostienen nuestra vida. Nuestra pequeñez no nos asusta.**

³ J. Kentenich, "Niños ante Dios", 248

Hoy celebramos el día del Domund; somos misioneros de la fe. Coincide para nosotros, como Familia de Schoenstatt, con el año de la misión. María nos confía en el Santuario una misión. Desde allí somos enviados para entregar el amor que hemos recibido. Es la misión de ser fieles a todo lo que Dios quiere hacer con nosotros como sus dóciles instrumentos. Queremos permanecer firmes en la fe que nos han confiado. Firmes y fieles en lo pequeño, porque la vida no se construye sobre grandes saltos, sino sobre los pasos sencillos y ocultos de cada día. *«Señor, auméntanos la fe»*, suplicamos, ya que nuestra fe es tan débil. Hoy escuchamos: *«Teniendo tal Sumo Sacerdote que penetró los cielos mantengamos firmes la fe que profesamos. Acerquémonos, por tanto, confiadamente al trono de su gracia a fin de alcanzar misericordia y hallar gracia para una ayuda oportuna»* Hebreos 4, 14-16. La gracia de Dios es la que nos sostiene en nuestra vida. Es la fe de Cristo la que fortalece nuestra fe. Nos sentimos pequeños al ser enviados por María. Ella quiere educarnos y hacerse un lugar en nuestra vida. Nos sentimos indignos por nuestro pecado y María, con su amor de Madre, nos devuelve de nuevo nuestra dignidad. Aunque es verdad que nadie se siente digno para ser llamado a algo tan grande. Decía un obispo a un sacerdote el día de su ordenación: *«Seguramente, a los apóstoles, como a nosotros y a ti en esta mañana, les sobrecoja que Dios se hubiera fijado en ellos para ser sus discípulos misioneros. Para saber ser un buen pastor déjate apacentar por Cristo, y para amar, déjate amar por Él. No es posible cambiar el mundo sin el amor que se dona y que se hace Eucaristía, pan partido para la vida del mundo»*. Toda vocación a la misión es una vocación al servicio en Cristo. **Una vocación al amor que nos supera porque nuestro egoísmo nos hace buscarnos de forma egocéntrica.**

La misión que Dios nos encomienda es la del verdadero servicio: *«Sabéis que los que son tenidos como jefes de las naciones, las dominan como señores absolutos y sus grandes las oprimen con su poder. Pero no ha de ser así entre vosotros, sino que el que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor, que tampoco el Hijo del hombre ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos»* Marcos 10, 35-45». Parece una misión que pasa oculta a los ojos de los hombres. Porque nadie la sigue expectante el desarrollo de la vida de los santos. Sin embargo, es la misión más importante. Consiste en hacer sagrada cada acción de cada día. Exige amar con sencillez, con ingenuidad y asombro. Consiste en ser los héroes del silencio, porque nuestro salto de santidad no es seguido por mucha gente. Seremos héroes ocultos, de los que el mundo no habla. Pero héroes al modo de Cristo, según su forma de amar y de entregarse; héroes heridos. Como me decía una persona: *«Nadie se convierte en héroe sin haber sufrido. A nadie que no haya pasado una prueba dura se le coloca una medalla. Ser héroe es tener una herida. La gloria del héroe no está llena de flores sino de lágrimas. Y a muchos se les escapa que el héroe no quiso estar allí. Que prefiere aplaudir desde el público con una sonrisa boba a cualquier otro que se quiera subir al escenario. Ser héroe no gusta, tener cicatrices no es agradable, haber sentido miedo, no es bonito»*. No es sencilla la heroicidad de los que saltan en esta vida oculta de los cristianos. Sabemos que el dolor acompaña siempre el salto. Y la cruz forma parte de la vida. **La paz de Dios se regala en el silencio.**

Los santos, en su pobreza, supieron confiar en los planes de Dios y ser fieles a su misión. Rezaba Santa Teresa: *«Nada te turbe, nada te espante, todo se pasa, Dios no se muda, la paciencia todo lo alcanza; quien a Dios tiene nada le falta: solo Dios basta»*. Esta oración refleja con maestría la vida que deberíamos llevar. Tenemos que ser pequeños y humildes y confiar en lo que Dios puede hacer con nosotros. No confiemos en nuestras fuerzas, confiemos en la fuerza de Dios. Él no necesita nuestro poder, necesita nuestra pobreza. Comenta el P. Kentenich: *«El hombre niño y humilde obtiene de Dios todo lo que quiere. Eleva a los pequeños (Lc 1, 52). Porque los pequeños son pequeños y Dios sólo obra a través de niños pequeños; no necesita de los “grandes”»*⁴. **Nos sentimos pequeños para la misión tan vasta que tenemos ante nuestros ojos. Miramos a María y confiamos. Es su misión.**

⁴ J. Kentenich, “Niños ante Dios”, 56